



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL C. ALVARO OBREGON, EN EL MITIN POLÍTICO CELEBRADO EN EL TEATRO «MORELOS» DE AGUASCALIENTES, LA NOCHE DEL 6 DE FEBRERO DE 1920.

La victoria sale a nuestro encuentro en esta lucha política. Los errores de nuestros enemigos, más que los aciertos nuestros, están consolidando nuestra causa en el corazón del pueblo mexicano. Nuestros enemigos, al acudir a la calumnia, declaran su impotencia y confiesan estar vencidos cuando apenas se inicia la lucha.

En ninguno de nosotros ha cabido la idea de que las hojas sueltas que han circulado en esta ciudad con burdas mentiras, hayan sido dictadas por los representantes de la Iglesia o por católicos sinceros; porque nosotros sabemos que la religión católica condena la calumnia como una de las culpas más graves. ¿Cómo puede un católico sincero o un representante de la Iglesia católica calumniar en nombre de su culto? Nos resistimos a creerlo, y estamos seguros de que los representantes de la Iglesia y los católicos sinceros de esta ciudad, deben estar muy disgustados con aquellos hombres que, en su impotencia para contender en el campo de la

idea, toman la religión como instrumento en las lides políticas y calumnian en nombre de ella.— (Aplausos).

Los acontecimientos que vienen desarrollándose en México no son una novedad. Periódicamente se han venido sucediendo esta clase de contiendas; cada día se desarrollan en un margen más amplio porque cada día nuestro pueblo alcanza mayor cultura y tiene mejor preparación para ejercitar sus derechos. Desde que se inició este movimiento político, chocaron dos clases de intereses: los intereses materiales y los intereses morales: un grupo de hombres que se ha congregado alrededor del Poder Público ocupando puestos elevados, encaminó todos sus esfuerzos a satisfacer sus ambiciones acumulando riquezas, y se acostumbró a una vida que no podría perpetuarse en esos puestos; y cuando el pueblo iniciaba un movimiento democrático para designar su representante que recibiera el Poder, los hombres de aquel grupo creyeron que el pueblo de la República les daría su confianza y los dejaría en el Poder. Quisieron llegar hasta el pueblo y éste les rechazó, porque no habían cumplido fielmente la misión que se les había confiado, pues en vez de cuidar de la moralidad administrativa y de dignificar a la Patria, dedicaron sus esfuerzos a improvisar fortunas. Entonces desenvainaron su espada y formaron guardia alrededor de sus egoístas intereses, pretendiendo seguir adheridos al presupuesto, disfrutando de todas las ventajas que éste ofrece a los hombres poco escrupulosos; y cuando se desengañaron de que el pueblo trabajador no estaba con ellos, tendieron una mirada hacia los capitalistas,

hacia los hombres de negocios, pidiéndoles su complicidad para continuar en el Poder, ofreciéndoles, en cambio de esa complicidad, muchas ventajas.

“ Pero esos hombres de negocios, en su gran mayoría honorables, les contestaron: “NOSOTROS NO PODEMOS EXPONER NUESTRAS PERSONAS Y NUESTROS INTERESES A LAS IRAS DEL PUEBLO; NOSOTROS ADIVINAMOS LAS INTENCIONES DE USTEDES: PRETENDEN USTEDES VIOLAR EL VOTO POPULAR CON LA COMPLI-
CIDAD DE NOSOTROS, Y SI TAL HACEN, EL ORDEN PUEDE INTERRUMPIRSE Y NO QUEREMOS, EN ESE CASO, RESPONDER CON NUESTRAS CABEZAS Y NUESTROS CAPITALES A LAS VENGANZAS DEL PUEBLO. NUESTROS CAPITALES ESTAN AMASADOS CON NUESTROS ESFUERZOS Y NUESTRAS INTELIGENCIAS, Y NO NECESITAMOS DE LA COMPLI-
CIDAD PARA DEFENDERLOS. SU MEJOR DEFENSA ES LA LEY Y LA LEY ES LA BANDERA DE OBREGON”.—(Grandes y prolongados aplausos).

En situación tan crítica, acordaron un nuevo ardid: invitar a los Gobernadores de los Estados a reunirse en la capital de la República para deliberar sobre la manera de seguir conservando el Poder, lejos de devolvérselo al pueblo para que éste lo deposite en manos que le merezcan más confianza. Por fortuna, ha habido hombres, como el Gobernador de Zacatecas y como el Gobernador de Michoacán, que han tenido un gesto que mucho honra a sus Estados y a la época en que vivimos, rechazando de plano la insidiosa invitación; ha habido otros Gobernadores que, bajo distintos pretextos,

se han abstenido de concurrir a la famosa reunión, y, finalmente, otros que, aunque han obsequiado esa invitación, es seguro, por sus antecedentes de rectitud y firmeza de principios, que no se prestarán para una farsa.—(Estruendosos aplausos).—Posible es que, a pesar de todo, a estas horas las elecciones presidenciales estén ya hechas; posible es que en esa junta de Gobernadores reunida en este día en la capital esté ya designado quién gobernará a México por aquellos que se han obstinado en resolver por sí, para sí y ante sí, el futuro político de nuestra Patria.

Sin embargo, nosotros, los soñadores del ideal, seguimos buscando el apoyo del pueblo para ver si logramos formar un Gobierno a base de democracia y no a base de dictadura o de chanchullo, porque sabemos que es el pueblo el único factor y el único apoyo que debe buscarse para tales propósitos, que es su soberana voluntad la que ha de decidir de sus propios destinos; y son nuestros enemigos quienes, en su despecho, cuando han encontrado un vacío a su alrededor, cuando el pueblo les ha negado su confianza, cuando los hombres de capital se han negado a secundarles, acuden al insulto y a la diatriba, armas éstas que reflejan la impotencia; aquí traigo en la mano una válvula oficial, este papel que algunos llaman periódico, "El Demócrata", que en uno de sus editoriales, dice: "las chusmas desordenadas e ignaras que asisten a las manifestaciones públicas del obregonismo". ¡Ved cómo se gasta el dinero de la Nación en insultar al pueblo! Las chusmas desordenadas e ignaras son, según este papel, los aquí reunidos. ¡Pueden esos hombres, por este

camino recobrar el cariño y la confianza que el pueblo les ha retirado?... Yo creo que no.—(Aplausos).

Un nuevo escollo queda todavía a nuestros enemigos: en estos momentos tratan de influenciar al actual Jefe del Poder Ejecutivo para obtener su complicidad. Pero estoy seguro, enteramente seguro, de que no la obtendrán. El actual jefe del Poder Ejecutivo fué quien encabezó un movimiento libertario llevando como principio básico la efectividad del sufragio; y el mismo Primer Mandatario, deseando que la contienda política se desarrolle dentro del orden más absoluto, ha tratado de que el Ejército sea sustraído a la campaña política y ha postergado a muchos altos jefes militares, muy honorables, por el sólo hecho de suponerles simpatías por determinado candidato; y ya con ese precedente, no podrá el jefe del Poder Ejecutivo, para ser consecuente con sus propios actos, siendo de hecho el jefe nato del Ejército Nacional, presidir un grupo de políticos y tomar parte en la campaña electoral como un factor, como un líder político. Es, pues, absolutamente seguro que los intentos de ese grupo de que me he ocupado, fracasarán; mejor dicho, ya han fracasado.—(Aplausos).

Queda, pues, al pueblo de la República el derecho de elegir sus mandatarios, ya que sinceramente creo que nos hemos librado de la imposición, porque el grupo que trataba de hacerla no ha encontrado el apoyo de la complicidad para llevarla al terreno de los hechos.—(Aplausos).

Sentado el precedente de que es el pueblo el que debe elegir sus mandatarios, yo quisiera que los habitantes de esta ciudad invitaran a venir aquí a

los otros candidatos para que en esta tribuna cada uno expusiere sus ideas, y dieran cuenta de su pasado, porque es muy fácil improvisar programas y hacer promesas y decir que las necesidades de la humanidad desaparecerán el día que lleguen al Poder. Que vengan ante el pueblo a rendir cuenta de su pasado, a decir qué han hecho de la moral, qué han hecho de su actuación en el campo de la lucha, a decir cuánto tenían al iniciarse en la Revolución y cuánto tienen ahora.—(Nutridos aplausos).—Que no manden sus calumnias; que citen hechos concretos; que hagan cargos fundados; que los prueben. Que, ¿acaso tendré el orgullo tan grande de que mis enemigos, a pesar de su afán de destruirme, no tengan un cargo concreto y fundado que hacerme, como lo demuestra el usar la calumnia?

¡Qué propaganda más intensa y más favorable para nosotros que la que vienen haciendo nuestros enemigos! Ellos confiesan tácitamente, ingenuamente, que no tienen cargos para nosotros y por eso se valen de la calumnia anónima. Yo desvelaría a ustedes si me pusiera a hacer cargos fundados a esos hombres, y no quiero sujetar a ustedes a ese tormento. No quiero atacar a esos hombres para invitar al pueblo que me secunde en este movimiento político; quiero que si el pueblo deposita en mí su confianza, no sea ello por eliminación. No necesito atacarlos para que el pueblo me secunde en este movimiento, porque el pueblo ya sabe que yo no he violado los fueros de la dignidad ni de la decencia; y así lo están confesando ahora nuestros enemigos. (Prolongados aplausos y entusiastas vivas al ciudadano Obregón).